

María Jesús Fernández Cordero, *Juan de Ávila (1499?-1569). Tiempo, vida y espiritualidad*. BAC, Madrid 2017, 924 pp.

No es lo mismo conocer un museo, una ciudad, con un guía turístico que con un historiador. El historiador vive la ciudad, mientras que el guía la visita. Con el historiador, el museo –que el guía muestra como una reliquia– nos traslada a otra época. Así es la experiencia de recorrer la vida de Juan de Ávila de la mano de María Jesús Fernández Cordero, doctora en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid, licenciada en teología por la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, donde imparte clases de Historia de la Iglesia en la Edad Moderna (universal y de España) y de Historia de la espiritualidad desde 2001. La autora ha dedicado largos *años de investigación* al Maestro Ávila, especialmente desde que fue declarado Doctor de la Iglesia Universal. Aunque tiene publicaciones anteriores –sobre la mujer en su vida y predicación (2005) y sobre las cartas de consolación (2011)–, a partir de 2012 intensificó su dedicación: en 2013 publicó un trabajo sobre su faceta evangelizadora y otro sobre la *redemptio*, y ahora ha sacado a la luz esta gran biografía casi “miliar”, no solo en páginas sino también como punto de referencia ineludible en la futura investigación sobre el Apóstol de Andalucía.

El Doctorado de San Juan de Ávila no fue solamente punto de llegada, sino también invitación a profundizar, investigar y difundir a este “Maestro” de la Iglesia, como han demostrado las numerosas tesis, publicaciones y congresos, así como las recientes líneas y proyectos de investigación en varias Universidades, que pretenden arrojar nueva luz sobre aspectos hasta ahora inéditos. Así lo demuestra la publicación que nos ocupa que quiere liberar a Ávila de los “estrechos esquemas” y “moldes eclesiales” en que no pocas veces ha sido encerrado “para recuperar al hombre en su sentido integral”, insertándolo en su propio ambiente humanista.

La profesora Fernández Cordero constata que normalmente las semblanzas hagiográficas de san Juan de Ávila han proyectado sobre él anacrónicamente los intereses y sensibilidades de sus autores. Fray Luis de Granada acentuó su faceta como predicador para sus discípulos más inmediatos; Luis Muñoz destacó su santidad en

vistas de su proceso de canonización; H. Jedin puso de manifiesto su compromiso reformador; para las biografías que se escribieron antes del Vaticano II lo importante era presentarlo como patrón y modelo de sacerdotes... Muchas publicaciones en torno al Doctorado han pretendido mostrar a toda costa la integridad y eminencia de su doctrina “al servicio del reconocimiento eclesial”. De manera que parece que cada uno puede encontrar en Juan de Ávila aquel aspecto que más le interesa destacar: evangelizador, catequista, pastor, consejero de obispos, maestro de santos, guía de laicos, padre de los pobres...

Luis Sala Balust fue el primero que intentó una lectura crítica de las tradiciones documentales sobre san Juan de Ávila a partir de su gran conocimiento de las fuentes secundarias del siglo XVI y de investigaciones complementarias, para contextualizar adecuadamente su figura y su significación. La primera parte de su biografía se remonta a 1948, y fue publicada al frente del primer volumen de la edición de las Obras completas de 1952. Tras la prematura desaparición de Luis Sala, su obra fue completada por Francisco Martín Hernández, y con el título de *Estudio biográfico* ha sido incluida en las sucesivas ediciones de las Obras de San Juan de Ávila aparecidas en la BAC.

Fernández Cordero, en línea con esta biografía “histórica”, asume un doble reto: en primer lugar, el desafío, necesario en nuestros días, de incorporar a la vida de San Juan de Ávila los avances que se han producido en múltiples campos de la historiografía para situarlo en su contexto, en sus circunstancias y en la realidad que fue configurando su existencia y, en segundo lugar, una vez devuelto a su tiempo, ha querido darle la palabra, dejar que sea él quien manifieste su perfil más propio, su fisonomía espiritual, sin proyectar sobre él ideas preconcebidas. A estos dos retos responde el subtítulo de su obra: la “vida” del Maestro Ávila está precedida por su “tiempo” y seguida de su “espiritualidad”. Por tanto, no se trata solo de una biografía exterior sino también interior.

Los cinco primeros capítulos responden al reto de situar la vida de San Juan de Ávila en su tiempo. Fernández Cordero no pretende descubrir datos inéditos sino más bien presentar a Ávila en el horizonte del momento histórico que le tocó vivir. La gran aportación de su obra es el rico conocimiento del entorno del Maestro Ávila que ofrece: pone rostro a los nombres de las personas con las que se encontró; los ambientes donde se movió adquieren colorido; las ideas que expresó se sitúan en diálogo con las de sus contemporáneos... La historiadora recrea el escenario de cada lugar por donde pasó su biografiado: lo que pudo ver, oír, con quién pudo coincidir en Alcalá, en Salamanca, en Sevilla, en Écija... Describe la situación

de las familias, el parentesco y los orígenes de los arzobispos, la personalidad de los inquisidores, el ambiente que se respiraba en España, en Alemania, en Roma... Aporta a la biografía de Ávila páginas imprescindibles sobre el mundo converso, la Inquisición, la censura de libros, las tendencias políticas y las facciones cortesanas, el clero, la reforma de la Iglesia, Trento y su aplicación en España, las corrientes de espiritualidad, la heterodoxia y la confesionalidad...

El *primer capítulo* ('Su tiempo') trata de la historia de España desde los Reyes católicos hasta Felipe II, presentando hechos de los que san Juan de Ávila fue conocedor y testigo. Así mismo describe la situación de la Iglesia, siguiendo los pontificados de Alejandro VI, Julio II, León X, Adriano VI, Clemente VII, Paulo III, Julio III, Marcelo II, Paulo IV y Pío IV, los Papas del Maestro Ávila.

El *segundo capítulo* ('Sus raíces') se ocupa de la geografía política de Almodóvar del Campo, cuna de San Juan de Ávila, y de su contexto familiar. La autora toma partido por su origen cristiano nuevo por vía paterna haciendo un concienzudo estudio de las fuentes. Describe al detalle la situación de la Universidad Salamanca, donde inicio los estudios de leyes, la interrupción y el interrogante vocacional, así como los estudios en la Universidad de Alcalá, su ordenación sacerdotal y el inicio de su ministerio en Sevilla.

El *tercer capítulo* ('Sus sufrimientos') aborda la personalísima experiencia de la cruz del Apóstol de Andalucía: El proceso inquisitorial a que fue sometido en 1531 en Sevilla y el posterior encarcelamiento tras sus primeros años de predicación en Écija y sus alrededores; la inclusión de la edición de 1556 del *Audi Filia* en el Índice de libros prohibidos de Fernando de Valdés (1559), junto a otros libros sospechosos de luteranismo; y las continuas enfermedades que le obligaron a retirarse en Montilla hasta su muerte en 1569.

El *cuarto capítulo* ('Su vida apostólica') describe la variada actividad evangelizadora de San Juan de Ávila desde 1533, tras salir de la cárcel de Sevilla. Va presentando con todo lujo de detalles las redes de personas y lugares donde se movió en Córdoba primero, luego en Granada y finalmente en Montilla. Se detiene sobre todo en la escuela sacerdotal que reunió en torno a sí, y dedica un largo apartado a la fundación de centros educativos, a su labor social y a la formación del clero, dando particular relieve a la Universidad de Baeza. Las relaciones que estableció con otros santos, con obispos de su época, con la Compañía de Jesús, con Santa Teresa... adquieren espesor y realismo por el rico conocimiento de cada uno de estos personajes.

Estos cuatro primeros capítulos tienen un carácter biográfico "histórico". En ellos, la profesora Fernández Cordero, con un estilo

ágil y directo, que engancha al lector, va llevando de una cosa a otra de modo natural; y, a pesar de ser páginas eruditas, llenas de nombres y de fechas, se leen con agrado. Incluso, el “relato” está aderezado con esa pizca de “pasión” que nos hace identificarnos con el biografiado, introducirnos en su ambiente, conmisernarnos de sus dolores y penalidades, lamentar los males que aquejaban a la Iglesia...

Con todo, estos capítulos pueden dejar la impresión de ser un tanto reiterativos. Al no seguir el hilo cronológico de la vida de san Juan de Ávila, cuando habla de su tiempo (cap. 1), de los acontecimientos de su vida (cap. 2-3), de su apostolado (cap. 4) y posteriormente de su magisterio (cap. 5-6), inevitablemente tiene que volver una y otra vez a los mismos hechos desde diversas perspectivas. Es quizás la contrapartida del método y la pedagogía expositiva por la que ha optado la profesora Fernández Cordero: una metodología circular y progresiva, que va desde lo exterior a lo interior, desde su tiempo y sus circunstancias personales, pasando por su acción apostólica y social, para terminar finalmente en su espiritualidad.

Además, en las profusas descripciones de su tiempo, de los reyes, de los papas, de las intrigas palaciegas... a veces no se encuentran excesivos puntos de enganche con la persona y la situación de Ávila, que en realidad no tuvo demasiado protagonismo eclesiástico ni participó en intrigas cortesanas. La misma autora hace comentarios como este: “Aunque estos hechos puedan parecer lejanos al discurrir de la vida de Ávila...”; o valoraciones generales después de varias páginas sobre los papas del siglo XVI: “Tal era la imagen del Papado cuando Juan de Ávila iniciaba su apostolado por tierras andaluzas”. Sin embargo, se echa de menos mayor profundización en otros ambientes quizás más cercanos al biografiado, como la observancia, los descalzos, la *devotio moderna*, las beatas, las misiones entre los moriscos...

Los dos últimos capítulos responden al segundo reto que hemos indicado: dejar hablar a San Juan de Ávila para que resplandezca su verdadera personalidad espiritual al contraluz de su tiempo y de su vida. Prácticamente, constituyen una lectura organizada por contenidos de sus obras más significativas, con buenas introducciones temáticas y precisas anotaciones de bibliografía secundaria para situar las enseñanzas del Maestro Ávila.

El *capítulo quinto* (“Su ministerio pastoral”) trata del espíritu humanista de san Juan de Ávila a partir de sus lecturas, de la traducción del Kempis y de los ingenios hidráulicos que inventó; continúa la exposición sobre su forma de predicar del Evangelio y su propuesta de reforma de la Iglesia, glosando alguna de sus car-

tas (Cartas 1, 11, 12, 86), los escritos de reforma, especialmente el *Memorial* primero y segundo al concilio de Trento y las *Advertencias* al Concilio de Toledo; y finalmente expone las partes del *Audi Filia* referentes a la vida espiritual, la oración y el discernimiento de espíritus.

El *capítulo quinto* ('Su teología espiritual') es el de mayor extensión. Aborda "lo más profundo de su interioridad", su experiencia mística y su reflexión teológica. Con el mismo método que en el capítulo anterior, la autora va glosando el *Audi Filia* y la Carta 12 sobre el propio conocimiento, la gracia y la justificación; los Sermones 3, 4, 15, 19, 26, 29, 34, el *Tratado de Amor de Dios* y algunos pasajes del *Audi Filia* sobre el cristocentrismo; los Sermones 41, 46, 50, 57 y la *Meditación del beneficio que nos hizo el Señor* sobre la eucaristía; y las *Lecciones sobre la primera canónica de San Juan*, el *Tratado sobre el sacerdocio*, la *Plática 1* al clero de Córdoba... sobre el sacerdocio. Al final, resume los textos expuestos afirmando que la espiritualidad avilista se podría definir como una teología mística de la cruz, una teología mística del sacerdocio y una teología mística de la eucaristía, brotando todo ello de la contemplación del misterio pascual.

Para la profesora Fernández Cordero, Ávila no fue sólo teólogo ni sólo místico, sino un teólogo místico: en él, teología y espiritualidad recobran aquella unidad que nunca debieron perder. Tampoco se puede distinguir entre ascética y mística en quien es maestro espiritual que enseña el camino para llegar a la unión con Dios. Sus escritos no fueron tratados académicos de laboratorio, sino que nacieron de su experiencia personal y de su actividad apostólica, con el fin de comunicar el amor de Dios. Contienen "una teología cercana a la vida" y "al servicio de la Iglesia".

En estos últimos capítulos, la autora de la biografía pone voz a San Juan de Ávila mediante una selección exquisita de lo más representativo de sus obras. Hay que tener en cuenta que leer a San Juan de Ávila en nuestros días no es tarea fácil. Su mundo de referencias y su castellano –el vocabulario, la sintaxis, incluso la gramática– nos quedan muy lejos. Por tanto, la lectura fielmente glosada y certeramente comentada que ofrece la profesora Fernández Cordero es un gran servicio a su difusión y actualización, haciéndolo comprensible y atractivo. Quizás, en algún momento, hubiera sido deseable un poco más de sistematización de los contenidos. Pero también en esta ocasión es una contrapartida del método elegido que, por otra parte, preserva la frescura del contacto directo con los textos. Como en toda selección, se echa de menos lo que falta: mayor presencia de su teología trinitaria, la eclesiología, la importancia de María y sobre todo la Biblia en San Juan de Ávila, aspecto este que palía la

autora, en parte, hablado de su “paulinismo” casi como apéndice al final del apartado conclusivo.

Muchas cuestiones siguen abiertas sobre la vida de Juan de Ávila por la complejidad del tiempo que le tocó vivir y, además, porque su memoria nació de alguna forma “atemporal”. Los discípulos que se ocuparon de la edición de sus obras, de sus cartas y sermones probablemente velaron más por la ortodoxia su doctrina que por la preservación de su recuerdo, prescindiendo de referencias históricas a personas, lugares, fechas... Además san Juan de Ávila no escribió ninguna autobiografía; los temas que trata, fuera de los *Memoriales*, publicados bien avanzado el siglo XX, se refieren a cuestiones espirituales con pretensión de validez, en principio, para todos los tiempos y lugares. Todo ello hacía “necesario y hasta urgente una obra como la que el lector tiene ahora”, que es un magnífico logro de la historiografía moderna y un testigo fiel de hasta dónde nos permiten las fuentes y los estudios actuales desvelar el misterio que envuelve a la persona de san Juan de Ávila. La tarea sigue abierta y la profesora Fernández Cordero ha marcado la dirección con esta piedra “miliar”.

*Jesús Pulido Arriero*

A. M. Grande, *Aportes argentinos a la teología pastoral y a la nueva evangelización*. UCA, Buenos Aires 2011, 992 p.

Uno de los autores más recientes de la generación de la Teología del pueblo en Argentina es el sacerdote argentino y reconocido pastoralista Antonio M. Grande, que nos presenta en esta obra una interesante y novedosa reflexión teológica sobre la Nueva Evangelización en el contexto argentino. “La Iglesia existe para evangelizar” (EN 14) son las palabras del papa Pablo VI que animaron este trabajo que a continuación exponemos.

La obra es el resultado de su tesis doctoral defendida en el año 2010 cuya motivación primigenia es el estudio serio y disciplinado de la recepción en Argentina de la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI; en los documentos de la Iglesia argentina entre los años 1974 y 1994. Esta investigación es una contribución a la pastoral, pero fundamentalmente en orden a la acción evangelizadora. En el prólogo escrito por su director, Carlos María Galli, expresa su alegría por este aporte a la Iglesia argentina. Galli destaca del autor su destreza en la enseñanza teológica en los seminarios de Paraná, Rosario y Resistencia. Resaltando su gran mérito por llevar a cabo este trabajo en

medio de actividades y prácticas pastorales, por este motivo, Galli lo define como “un pastoralista que cultiva su disciplina con seriedad”.

El director de la tesis destaca en el desarrollo de la misma el uso del método teológico del canadiense Bernard Lonergan, en sus cuatro operaciones cognoscitivas: experimentar, entender, juzgar y decidir. Estas, al mismo tiempo, se despliegan en ocho etapas que le posibilitarán el desarrollo de la investigación. El hilo conductor de esta obra es la Nueva Evangelización, misión principal de la Iglesia en la etapa posconciliar.

El texto está estructurado de la siguiente manera: una introducción, cuatro partes desarrolladas en diez capítulos, y una conclusión. En la introducción se presenta todo el marco de la investigación, las motivaciones y objetivos que guiaron el trabajo, que consistió en profundizar en la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* y su importancia en la reflexión teológico-pastoral como sustento de la evangelización. Al mismo tiempo, desentrañar los elementos esenciales en la acción evangelizadora y su dinamismo presente en los Documentos del Episcopado Argentino. También busca conocer el influjo que han tenido en los escritos de los autores argentinos Lucio Gera, Gerardo Farrell y Juan Carlos Scannone en sus reflexiones teológico-pastorales. Finalmente, explica toda la estructura de su investigación, el método de trabajo y el desarrollo de cada una de las partes que expondremos a continuación.

En la primera parte, presenta un capítulo en el que desarrolla la recepción latinoamericana de *Evangelii Nuntiandi*, haciendo énfasis en el impulso evangelizador que suscitó el Concilio Vaticano II en América Latina, concretado en el documento de Puebla. Se hace mención especial a la recepción Conciliar de la categoría Pueblo de Dios en la Comisión Episcopal de Pastoral (COEPAL) y en el proyecto de una pastoral popular impulsada por algunos teólogos, religiosos y laicos.

La recepción en Argentina de *Evangelii Nuntiandi* en los Documentos del Episcopado se explica en la segunda parte. El autor toma como marco de referencia el contexto secular y eclesial en dos periodos de tiempos que abarcan desde 1974 a 1982 y desde 1983 a 1994 y lo desarrolla en cuatro capítulos. Los dos primeros nos sitúan en el contexto histórico y cultural que vive la Iglesia en aquellos años en los que en Argentina se acentuaron momentos de crisis en las instituciones y en la mayor parte del pueblo, que sufrió las consecuencias de las revoluciones militares. En los siguientes capítulos, cuarto y quinto, se señala el itinerario eclesial en la etapa desde 1983 hasta 1994, donde la Iglesia encarna su misión evangelizadora en las nuevas situaciones que se van presentando. Se profundiza

en la reflexión del Episcopado Argentino en el Documento *Iglesia y Comunidad Nacional*, en la cual los obispos ofrecieron al pueblo argentino y a sus dirigentes una obra de Doctrina Social de la Iglesia, actualizada y recreada, para iluminar la grave crisis moral de aquel momento y buscar cauces de diálogo y encuentro en toda la sociedad.

En el capítulo quinto, de esta segunda parte, el autor continúa analizando dos documentos de gran envergadura que son: a) *El Evangelio ante la crisis de la civilización*, en donde se puede apreciar el influjo directo que recoge el Episcopado Argentino de la exhortación *Evangelii Nuntiandi* aplicándolo al contexto evangelizador de la Iglesia en Argentina y tomando en consideración la actualización realizada por Juan Pablo II; b) *Las Líneas Pastorales para la nueva evangelización*. Este documento representa según el autor “un estilo eclesial como Pueblo de Dios, por el que expresa el espíritu de diálogo, comunión y acción evangelizadora con el pueblo argentino y su cultura”.

La tercera parte la dedica A. Grande a estudiar los aportes de tres teólogos pastoralistas argentinos que asumieron y desarrollaron, desde la perspectiva de Nueva Evangelización, la propuesta evangelizadora que presenta Pablo VI en su exhortación. A cada uno de ellos le dedica un capítulo en donde presenta su figura, su itinerario pastoral y perfil teológico, junto con los aportes teóricos a la acción evangelizadora y a la teología pastoral, de manera particular en la Iglesia de Argentina, en donde estos teólogos enfocan su deseo de hacer una recepción creativa, contextualizada e inculturada de este documento magisterial.

En el sexto capítulo expone la figura de Lucio Gera como el autor más destacado de la Teología del Pueblo en Argentina tanto por la riqueza de su reflexión, como por sus escritos teológico-pastorales. L. Gera es considerado, junto a Rafael Tello, los padres de la Teología del Pueblo en Argentina, y por tanto integrantes de la primera generación de esta corriente teológica latinoamericana. En esta misma línea, el séptimo capítulo está dedicado al teólogo Gerardo Farrell que junto a L. Gera formaron parte de la COEPAL desde 1967 a 1972, Farrell como secretario y Gera como perito. El autor resalta su importante contribución en la reflexión y elaboración del documento de San Miguel del Episcopado Argentino, declaración que recoge el deseo de poner en marcha la Conferencia de *Medellín* según las líneas del Concilio Vaticano II. Tanto Gera como Farrell, son dos teólogos del Vaticano II que lo interpretaron e hicieron una recepción creativa y situada en Argentina, y al mismo tiempo, contribuyeron, a través de diversas publicaciones, al estudio y recepción de la *Evangelii Nuntiandi* y su relación con el Docu-



mento de *Puebla* y el magisterio de Juan Pablo II sobre la nueva evangelización. El octavo capítulo aborda al tercer autor elegido por A. Grande como fuente importante en su investigación. Él es Juan Carlos Scannone, teólogo y filósofo que, desde una perspectiva latinoamericana, profundiza en el estudio y discernimiento de una Nueva Evangelización que responda a las situaciones actuales de la cultura y de todo el Pueblo de Dios. Su pensamiento teológico-pastoral representa la continuidad de la reflexión iniciada en Argentina por la COEPAL. Junto con los dos teólogos anteriores, ejerció una gran influencia en la reflexión de los posteriores documentos del Episcopado estudiados en este trabajo.

La cuarta parte de esta interesante obra tiene como título "La sistematización de los núcleos temáticos teológicos-pastorales". Se desarrolla en los capítulos nueve y diez. En el noveno expone una sistematización de la comprensión de la acción evangelizadora como un todo unificado de la recepción argentina de la *Evangelii Nuntiandi* que explica en los capítulos anteriores. El autor toma como punto de referencia la relectura de los documentos del magisterio Episcopal Argentino desde la exhortación, buscando como novedad actualizar su Espíritu para comprender a la Iglesia como Pueblo de Dios y la responsabilidad de todos en la tarea evangelizadora. En este mismo capítulo, este teólogo argentino, profundiza en los componentes fundamentales de la tarea evangelizadora: Primero, el acto evangelizador en general; segundo, el sujeto agente, que es toda la Iglesia guiada por el Espíritu de Jesús; tercero, la Buena Noticia como contenido y finalidad de la nueva evangelización y por último el sujeto destinatario que es el mismo pueblo argentino en tiempos de crisis y valores que son llamados a vivir y cultivar una nueva espiritualidad como Pueblo de Dios. También este capítulo está enriquecido con escritos de otros autores que ayudaron a comprender y a profundizar en el proceso evangelizador que se despliega en Argentina a partir de la recepción de la exhortación del papa Pablo VI.

En el décimo capítulo, que es el último de su obra, el autor desarrolla algunos aportes teológicos-pastorales que ofrecen una continuidad creativa de la recepción argentina del testamento pastoral del papa Pablo VI, en su deseo de poner a la Iglesia en camino de un nuevo dinamismo evangelizador. Aquí toma como referencia tres documentos que expresan la riqueza y unidad de la Iglesia en la etapa posjubilar. Estos son: a nivel universal la *Novo Millennio Ineunte*; a nivel latinoamericano la V Conferencia del CELAM: *Aparecida*; y a nivel nacional el documento del Episcopado Argentino: *Navega Mar Adentro*.

Finalmente, el pastoralista argentino A. Grande, plantea una conclusión abierta, pues, la investigación la desarrolla y contextualiza en un arco de tiempo que va desde 1974 a 1994, lo cual permite establecer una sincronía a través del tiempo, verificando la importancia y actualidad que ha tenido para la Iglesia este documento magisterial del papa Montini hasta el momento en que se culminó el trabajo.

Las novedades que descubre y nos presenta este autor en su investigación consiste en actualizar y unificar la recepción de la *Evangelii Nuntiandi* en Argentina y recrearla en el horizonte de la Nueva Evangelización propuesta por Juan Pablo II. Con un estilo muy sencillo, al exponer su reflexión, destaca el potencial evangelizador del Pueblo de Dios, desarrolla la inculturación que este documento papal ha tenido en los documentos Episcopales argentinos y latinoamericanos. De igual modo, otro gran aporte encontrado en este trabajo es el estudio de los escritos pastorales y teológicos de los tres autores argentinos elegidos como fuentes importantes en la investigación. Ellos pertenecen a la corriente latinoamericana de Teología del Pueblo que puso en marcha las enseñanzas del Vaticano II e hicieron una reflexión adaptada y recreada de la evangelización como núcleo fundamental de la misión de la Iglesia en el mundo. Conocer este trabajo es una ocasión para valorar el pensamiento teológico que se va desarrollando en el llamado continente de la esperanza, reservorio de fe y experiencia cristiana que se expresa en la religiosidad popular y en la cultura de los pueblos, lugares hermenéuticos donde se incultura el Evangelio.

Se trata de una obra de gran actualidad, digna de estudio y reflexión para comprender que la evangelización constituye el hilo conductor del magisterio universal de la Iglesia, pues su misión es comunicar el Evangelio, y todo el Pueblo de Dios es responsable de esta tarea. Esto ayudará a entender la invitación constante que hace el papa Francisco a apostar por una Iglesia en estado de misión, siempre en salida, que, desde el encuentro con Cristo, se ponga en camino de conversión personal y pastoral, para vivir así “la dulce y confortadora alegría de evangelizar” (EN 80), núcleo central de la mística evangelizadora propuesta por Pablo VI.

*Jesús Andrés Pérez*

W. Kasper, *Martin Lutero. Una perspectiva ecuménica*, Sal Terrae, Santander 2016, 95 p.

Este nuevo trabajo del cardenal y teólogo alemán, Walter Kasper, es una original y profunda aportación para conocer la figura de Martín Lutero. Especialmente en este año que estamos celebrando los 500 años de la Reforma (1517-2017). Para Lutero la Reforma de la Iglesia no significaba simplemente cambio ni tampoco adaptación a las tendencias y a la mentalidad de una época, sino *re-formatio* en el sentido de retorno a la forma originaria del cristianismo, que aparece de la manera más nítida en Cristo crucificado.

Alguien ha dicho que existen tantas imágenes de Lutero como libros sobre él. Para los católicos, Lutero fue durante largo tiempo el hereje por antonomasia, el culpable de la división de la Iglesia occidental, con todas sus terribles consecuencias hasta hoy. Hoy, sin embargo, el padre de la Reforma, se ha convertido ya prácticamente en un padre de la Iglesia común a las dos confesiones, la católica y la evangélica (p. 12).

La pregunta central de esta obra de Kasper es esta: ¿Qué tiene que decirnos Martín Lutero en relación con el ecumenismo?

Lutero no era un defensor del ecumenismo en el sentido actual. Tampoco lo eran sus adversarios. Tanto unos como los otros tenderían a la polémica y a la controversia. Pero se constata también un olvido evangélico de Lutero, un desconcierto evangélico ante él. Piénsese si no en la doctrina y la piedad de la Cena característica del reformador. Estas muestran que, frente a Ulrico Zuinglio, Lutero afirmó decididamente una comprensión realista de la eucaristía y no puede ser reducido a una religión de la interioridad. Piénsese además en la concepción del ministerio que sostiene el Lutero maduro, en su apertura por principio al episcopado histórico, así como en su afirmación de que llevaría en palmitas y besaría los pies a un papa que permitiera y reconociera su evangelio.

Sin embargo, la más importante contribución de Martín Lutero al avance del ecumenismo no radica en los planteamientos eclesiológicos, en él todavía abiertos, sino en su originaria concentración-como punto de partida- en el evangelio de la gracia y la misericordia de Dios y en el llamamiento a la conversión. El mensaje sobre la misericordia divina era la respuesta tanto a sus interrogantes y necesidades personales como a las preguntas de la época; y también hoy constituye la respuesta a los signos de los tiempos y a las acuciantes preguntas de muchas personas. Solo la misericordia divina puede restañar las profundas heridas que la separación ha infligido al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

Se le atribuye a Lutero esta frase: “Aun sabiendo que mañana va a llegar el fin del mundo, plantaría hoy un manzano”.

A este gesto de esperanza, cuenta W. Kasper que el 1 de noviembre de 2009 “tuve el honor de plantar un pequeño tilo en el recién creado jardín de Lutero en Wittenberg; y como si tratara de un intercambio de regalos, los luteranos plantaron más tarde, ya bajo mi sucesor al frente del Pontificio Consejo de la Unidad de los Cristianos (cardenal Kurt Koch), un olivo junto a la basílica de san Pablo Extramuros en Roma” (p. 74).

Quien planta un árbol tiene esperanza, pero necesita también paciencia. Y este árbol tiene que crecer a lo hondo y echar raíces, para que luego pueda resistir adversas tormentas. También nosotros debemos ir *ad fontes* y *ad radices*. Necesitamos un ecumenismo espiritual que se alimente de la lectura conjunta de las Escrituras y de la oración en común.

El árbol tiene que crecer hacia lo alto y estirarse hacia el cielo en busca de la luz. No podemos organizar el ecumenismo con violencia. La unidad es un don del Santo Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios, que comenzó la obra de la unidad, la llevará también a término: no la unidad que nosotros queremos, sino la que él quiera.

Por último, el árbol tiene que crecer también a lo ancho, para que las aves del cielo puedan anidar en sus ramas (Mt 13, 32), es decir, para que todos los cristianos de buena voluntad encuentren sitio bajo él y a su sombra. En consonancia con la imagen del poliedro (papa Francisco), debemos permitir *la unidad en una gran diversidad reconciliada*, estar abiertos a todos los hombres de buena voluntad y dar testimonio común de Dios y su misericordia (p. 75).

La unidad está hoy más cerca que hace 500 años. Ya ha comenzado. En 2017 no estaremos, como en 1517, en camino hacia la separación, sino en camino hacia la unidad.

Esta perspectiva ecuménica haría mucho bien a las dos Iglesias, a muchos que la esperamos y también al mundo, que especialmente hoy necesita nuestro testimonio común.

*Juan Pablo García Maestro*

J. A. Estrada, *¿Qué decimos cuando hablamos de Dios? La fe en una cultura escéptica*, Trotta, Madrid 2015, 180 p.

Juan Antonio Estrada pertenece a la Compañía de Jesús y ha sido catedrático de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Granada. El libro que nos ocupa formula una filosofía de la religión para el tiempo actual, envuelto en la increencia de una cultura escéptica. En nuestra sociedad no se cuenta con Dios para las cuestiones vitales. Lo normal es ser ateo o agnóstico. A ello se añade, particularmente entre los jóvenes, una mezcla de indiferencia y de desconocimiento de la religión. Ante esto, el creyente y miembro de la Iglesia, se siente “excepción” en una sociedad post-religiosa, con un código cultural distinto, y permanentemente obligado a justificarse. Además, siente la presión del ambiente, y tiene que clarificarse en su fe, examinar su sistema de creencias y analizar sus consecuencias en una sociedad y cultura en la que han perdido importancia y significación. Ha de aprender a vivir “como si Dios no existiera” (D. Bonhöffer).

El objetivo del libro es buscar una nueva comprensión de la fe, que no traicione la identidad cristiana y que no quede prisionera del pasado.

El libro está dividido en seis capítulos. El primer capítulo lleva como título “Las creencias heredadas”. Aquí el autor plantea la necesidad de reflexionar críticamente sobre la fe. El tema de la fe como obediencia ha sido objeto de la crítica ilustrada, pues elimina radicalmente la voluntad humana y la capacidad de evaluación crítica, y suena a sometimiento. Pero no hay ninguna revelación ni experiencia religiosa que pueda descargar al hombre de la libertad responsable. En última instancia, sólo hay obediencia debida a la propia conciencia y sólo ella puede ser el lugar último de una revelación última. Si la filosofía griega y la fe judeocristiana fueron determinantes para Occidente en el pasado, hoy son las filosofías de la Ilustración, las corrientes críticas posmodernas, las ciencias, las que plantean nuevos retos al cristianismo, que necesita una inculturación nueva en un contexto muy diferente del de sus orígenes.

El segundo capítulo lo titula “Crear en una cultura escéptica”. En esta cultura la razón científica se ha convertido en Occidente en el modelo fundamental del saber, en la razón sin más. Ella determina lo que podemos pensar y cómo podemos enfocar la realidad. Lo verdadero es lo científico. Dios ha dejado de ser relevante en la cultura impregnada por la ciencia. Al crecer la racionalidad científica se dejan de admitir los mitos y los relatos simbólicos. Los credos religiosos son degradados a meras creaciones de la imaginación.

El cristianismo se encuentra en una situación nueva en la que tiene que ocupar un nuevo lugar en una sociedad centrada en la ciencia. Pero la crítica científica debe caer en la cuenta de que el conocimiento científico tiene límites y ni siquiera él se escapa a presupuestos no fundamentados. Ninguna ciencia es capaz de abarcar todos los fenómenos y explicarlos.

El retorno de lo religioso, en el contexto de una sociedad desarrollada, es una muestra de que la racionalidad científico-técnica es insuficiente para las necesidades globales. Hoy no sólo están en crisis la religión y la fe, sino también la razón. Después de deconstruir las creencias durante décadas, se ha visto que la razón no ha sido capaz de ofrecer alternativas válidas que suplieran el vacío que habían dejado las creencias. Es un peligro absolutizar la razón instrumental científica sin dejar lugar a las preguntas de sentido que cuestiona al humanismo.

La crisis actual de la civilización occidental solo arrastra consigo la de las religiones, sino que es una oportunidad para ellas: la doble tarea de preservar la memoria de las víctimas, contra los triunfalismos del presente y la desmemoria histórica. El cristianismo ha de ofrecer propuestas de sentido congruentes con las aspiraciones humanas profundas. Esto exige una relectura de la Biblia, asumiendo la precariedad de todo lenguaje teológico y el carácter de infundamentación última de toda interpretación de la vida.

La pregunta por Dios se ha hecho aún más difícil en la sociedad del pluralismo religioso. Este es el objeto del tercer capítulo del libro. El pluralismo religioso actual hace más difícil la pretensión monopolizadora de una confesión concreta. Esta relativización es más beneficiosa que perjudicial. Una religión es consciente de la contingencia de sus fundamentos y no teme la verdad filosófica ni la razón. La dialéctica entre razón y fe pertenece a la esencia del cristianismo y el ateísmo es su interlocutor permanente en Occidente, lo cual le obliga a evolucionar y transformarse.

Los discursos y lenguajes, por finitos y contingentes, relativizan todo discurso sobre la divinidad. Hay que dejar a Dios mismo que se comunique para escapar de los intentos idolátricos de hablar de él.

Para el judaísmo y el cristianismo es central la idea de un Creador, Salvador y Señor de la historia. Ambos tienen que replantear su fe a la luz del Holocausto y de la Cruz. A Dios no lo conoce nadie, pero Jesús lo revela. Dios es el referente último de Jesús. Su vida y su muerte cambian nuestras formas de ver la vida. Si lo divino es

vivir como él, hay que repensar los predicados divinos y la imagen en que se apoyan.

Al hablar de Dios nos identificamos con el proyecto de vida de Jesús, asumimos su muerte desde la esperanza, identificándonos con el Crucificado. Este es el núcleo del credo cristiano.

Finalmente, el autor afronta el tema del mal. El mal está omnipresente en la experiencia y siempre ha sido un obstáculo para la fe en Dios. Aunque hay otras respuestas, existe una tensión entre la creencia intuitiva en un Dios bueno y omnipotente y la constatación de la existencia del mal. Creemos que las distintas respuestas de las teodiceas respondan a todos nuestros interrogantes. Sin embargo, se puede vivir un compromiso de vida, inspirado y motivado por el Jesús de los evangelios, luchando contra el mal, aunque tengamos preguntas sin respuestas. Preguntarse por qué el mundo es como es y no de otra manera, para acusar al Dios creador, lleva a especulaciones sin fin, en las que nos ponemos en lugar de Dios para darnos las respuestas. Hay que asumir la facticidad del mundo en que vivimos, y la presencia del mal en la naturaleza y en la historia, intentando luchar contra él (antropodicea). Y desde ahí abrirnos al Dios y los valores anti-mal por los que vivió, luchó y murió Jesús.

*Juan Pablo García Maestro*

J. M. Chillón, *El pensar y la distancia. Hacia una comprensión de la crítica como filosofía*, Salamanca 2016, 206 p.

En este libro José Manuel Chillón, joven profesor de filosofía contemporánea en la universidad de Valladolid, elabora una reflexión filosófica sobre el acontecimiento y el significado del pensar. La distancia respecto a la realidad dada supone un elemento necesario para que haya pensamiento y la misma toma de distancia es ya un ejercicio del pensar. A través de hitos fundamentales de la historia de la filosofía el autor va profundizando en diversos aspectos de lo que significa la crítica como realización del pensar. Se trata de análisis técnicos de textos de autores muy diversos, pero la pretensión no es la profundización en el pensamiento de esos autores sino el descubrimiento de la concepción de la filosofía como ejercitación del pensar, para desarrollar una perspectiva propia y proponer una concepción del filosofar, del sentido de la filosofía y de su significación para la cultura. En definitiva, al presentar el sentido

del pensar se está haciendo ya un acto de pensamiento y se está haciendo filosofía.

En el primer capítulo, que tiene carácter introductorio, se señalan los elementos básicos que pertenecen a la actitud crítica. Como método supone la suspensión de prejuicios y de la creencia de que las cosas son como aparecen; implica la consideración del hombre como ser finito y su capacidad de admiración ante la realidad y de sorpresa ante lo novedoso; y, de fondo, la actitud crítica es una búsqueda de la verdad, confiando en la posibilidad de que el mundo sea accesible al hombre (pp. 28-30).

El segundo capítulo se centra en el significado del lenguaje en la filosofía de Aristóteles. El lenguaje muestra una distancia respecto al mundo. El hombre conoce la realidad a través de formulaciones verbales, por lo que las palabras muestran lo que las cosas son, pero no las agotan y son distintas a ellas. Esa distancia que a la vez genera conocimiento muestra la actitud crítica de la filosofía. Las palabras ofrecen un significado que brota de la realidad para realizar un acontecimiento comunicativo. El lenguaje expresa un significado de las cosas que supone la intersubjetividad. En relación con otros y para la comunicación surgen las palabras; por tanto, el conocimiento y la actitud crítica incluyen una dimensión de relación, que es comunicativa, política y ética.

Tras la cata, realmente lúcida en la filosofía antigua, que muestra la vigencia del pensamiento antiguo y la vinculación de toda filosofía, en el tercer capítulo el autor presenta la actitud crítica propia de la filosofía moderna, en la que se pone especialmente de relieve la tensión entre el hombre y el mundo, entre el sujeto y el objeto, entre la certeza y la verdad. Esa distancia es una clave hermenéutica de la realidad y del proceso de conocimiento. La actitud crítica se expresa en la duda metódica del racionalismo, en el escepticismo del empirismo y en la filosofía trascendental. Kant traza el ideal ilustrado de decidirse a valerse por el propio entendimiento, que, a su vez, se hace consciente de sus presupuestos transcendentales para acceder a la realidad desde la experiencia.

Un capítulo central en este libro es el dedicado a la fenomenología de Husserl, que constituye un camino crítico porque pretende la liberación de los prejuicios para acceder a las cosas mismas y promueve la responsabilidad de renovar la humanidad desde los valores éticos. Tanto el acceso a la realidad desde la intencionalidad de la conciencia como la construcción de una nueva humanidad suponen una acción crítica. La conciencia se abre intencionalmente al mundo que se le da y así le ofrece un sentido a la realidad, pasando al ámbito de lo que debe ser.



El quinto capítulo está dedicado a la concepción del pensar según Heidegger. El filósofo alemán hace una crítica de la interpretación metafísica de la metafísica y de la actitud técnica consecuente, buscando la consideración de la verdad del ser. El *ser* se diferencia de lo *ente*, pues no se deja representar y reducir a objeto. Siempre está más allá e indisponible, por lo que supone siempre una distancia. El pensar implica siempre pensar esa diferencia. Y así el hombre nunca agota al ser ni lo puede manejar técnicamente, pues el ámbito de la verdad lo desborda. Desde este sentido de la distancia crítica del ser, el autor afirma que “el hombre pertenece a la verdad y no a la inversa” (p. 170).

En el último capítulo se aborda la teoría crítica desde dos perspectivas diversas. En primer lugar, la Escuela de Frankfurt, vinculando estrechamente lo teórico y lo práctico, ha desarrollado una razón que piensa lo que hay como lo que no debería haber, desenmascarando los grandes ideales de la humanidad en cuanto absolutos. Según Horkheimer, la razón está comprometida con las víctimas de la historia y toma partido por ellas buscando una justicia universal y la posibilidad de la reconciliación entre el hombre y la naturaleza. En segundo lugar, se puede percibir la actitud crítica en la propuesta de Karl Popper sobre el falsacionismo, según el cual las teorías están abiertas a la posibilidad de error y a su perfeccionamiento. Esto supone en el ámbito científico el racionalismo crítico, que procede mediante la eliminación de errores, y en la esfera política la discusión crítica buscando una mejor construcción de la sociedad.

Esta obra muestra la actitud crítica como forma esencial del pensar, que supone y mantiene la distancia. El autor expresa su pensamiento con belleza y con rigor expresivos y tercia en algunos debates sobre temas particulares, como la relación entre conceptos, palabras y cosas en Aristóteles (pp. 43-46) o el tema del escepticismo (pp. 90-91). Surgen también cuestiones pendientes para proseguir en la reflexión: la fundamentación de la intersubjetividad como un *a priori*, el mantenimiento de la alteridad mundana y personal, la vinculación entre la teoría y la praxis, el reconocimiento de la cuestión de la verdad y la búsqueda de la verdad... Un pensamiento en acción como el que se sigue en este libro hace pensar también al lector, cumpliendo su objetivo comunicativo y filosófico.

Desde la teología hay un fondo común respecto a la distancia. Por principio la teología piensa a Dios en su transcendencia, siempre misterioso e inaprehensible y siempre distante. Esa distancia de Dios justifica la reflexión teológica y la mantiene. Por eso, este libro puede enriquecer la idea de lo que es la tarea teológica, animando a que se entienda como pensamiento. La teología linda con

la filosofía como pensamiento y no la utiliza como método sino que se familiariza con ella como forma de pensamiento. En relación con el pensamiento de Heidegger, el autor del libro hace dos alusiones al cristianismo, una a la concepción escatológica del cristianismo naciente (p. 146, n. 17) y otra a la teología paulina del tiempo (p. 166, n. 59). ¿Podrá también la teología aportar a la filosofía una forma de pensamiento que amplíe en alguna medida su comprensión como crítica?

*Emilio José Justo*